

contarse ya entre los vivos. Pero antes había tenido noticia de todo género de movimientos en el interior de la Arabia y encargado á Badhan, su lugarteniente en el Yemen, que se informara de ellos minuciosamente. Parece que este mandó emisarios á Medina, y en vista de sus informes se convirtió al Islam. Naturalmente, es del todo improbable que esto ocurriera antes de la conquista de la Meca. Todos estos sucesos son en demasía confusos; solo es seguro que el egipcio envió á Mahoma como presente, entre otras cosas, dos hermosas esclavas, las cuales á juzgar por sus nombres, Máriat (1) y Schirin, debían de proceder de la Mesopotamia, donde pudieron fácilmente ser vendidas para Egipto. Mahoma destinó á la primera á su harem, aunque no en calidad de legítima esposa. El Oriente, desde los tiempos de Sara y Agar, conocía al lado de éstas las esclavas concubinas, y también entre los árabes existían tales relaciones, que Mahoma sancionó en la forma de que todo creyente, — exceptuando el Profeta, que no estaba obligado á tener número determinado, — pudiera tener á lo sumo cuatro esposas, pero le fuera lícito tener todas las esclavas que quisiera. La posición de la madre no tenía influencia alguna en la legitimidad de los hijos; el reconocimiento por parte del padre aseguraba también al hijo de la esclava los mismos derechos que al de la esposa. Así fué indecible el gozo de Mahoma cuando al cabo de un año le dió Mariat un hijo, — á él que no había tenido ninguno desde la muerte de Jadischa. — Le llamó Ibrahim (Abraham), del nombre del patriarca cuya pura fe se creía llamado á restablecer sobre la tierra; pero un año antes de su propia muerte tuvo el dolor de verle morir.

Fuera de esta felicidad doméstica, poco bueno le reportaron sus mensajes á los príncipes extranjeros. Nada sabemos de otras relaciones que pudo haber tenido con bizantinos y gasanidas; pero en el día 8 del mes Rabi I (aproximadamente julio de 629), según se nos dice, una partida de quince hombres, que tal vez habían sido enviados como exploradores, fueron sorprendidos en la frontera siria y muertos, con excepción de uno solo, por tropas enemigas, probablemente avanzadas de la frontera gasanida. Por el mismo tiempo fué también apresado y decapitado (2) en territorio griego un mensajero que debía llevar un escrito al comandante de Bostra, principal fortaleza griega en la comarca oriental del Jordán. No podía convenir á los gasanidas que las tribus del interior de la Arabia pretendiesen mezclarse en los asuntos de los distritos fronterizos. De todas suertes, es completamente seguro que en el curso del mismo año (Schumada 1 ó sea setiembre de 629) marchó hacia el Norte un ejército de tres mil hombres á las órdenes del hijo adoptivo del Profeta Seid Ibn Harilha. La distancia desde Medina hasta la tierra de Moab, al Este del mar Muerto, en línea recta, es aproximadamente de 110 millas alemanas, y aunque es también muy probable que Mahoma no tuviese siquiera una idea aproximada de los medios militares que Heraclio poseía por aquel tiempo, era sabido que hacia poco que los griegos habían inferido grandes derrotas á los persas, siendo, por lo mismo, muy aventurada una expedición hacia tan lejano territorio. Por esto acompañaban á Seid en calidad de sustitutos, por si le ocurría una desgracia, Scha'afar, hijo de Abu Talib y sobrino del Profeta, y el jasradschita Ibn Rawaha. Las tropas gasanidas de la frontera estaban en guardia, y ya á pocas millas del Norte de Medina hubo de sostenerse una refriega con una partida destacada por su caudillo Schorahbil. A la noticia que esta partida llevó de la fuerza del ejército enemi-

(1) No es María, sino una variante de Marta.

(2) Es posible que ambos sucesos sean uno mismo; pero se ha supuesto también que la muerte de los quince hombres fué un episodio de la guerra de Muta, que fué posterior.

go, retrocedió Schorahbil, y así llegaron los musulmes hasta Muta, lugar próximo al extremo meridional del mar Muerto, tropezando aquí con el grueso del ejército bizantino que en el interin se había reconcentrado. Los creyentes pelearon con su acostumbrado arrojo, pero no pudieron competir con unas fuerzas tal vez decuplicadas (3), y cuando vieron caer uno tras otro á Seid, Scha'afar é Ibn Rawaha, emprendieron la fuga; y solo con grande esfuerzo consiguió Jalid, que iba en la expedición, contenerlos y verificar una ordenada retirada á Medina. Allí recibieron á los «desertores de Muta» con injurias y reconvenciones; pero Mahoma reconoció que en aquellas circunstancias apenas se podía haber esperado un resultado más favorable de la campaña, y prohibió que se les vejara más, y á Jalid le confirió, por la salvación del ejército, el título honorífico de «espada de Dios.» Mas para que las tribus entre Medina y la frontera siria no se insolentaran demasiado, destacó á Amr Ibn El-Así para efectuar una razzia en el Norte, y algo más tarde tocó el turno á los gatafan y otros. No se necesitaba ya, á lo menos para los beduinos de la Arabia central, mucha persuasión para moverles á reconocer al Profeta: ya habían visto cómo les había ido á los judíos, sus antiguos aliados, y poco á poco veían también con más claridad que por parte de los de la Meca nada había que ganar, y en cambio podía ganarse mucho con Mahoma. Así, la mayor parte de las tribus de los gatafan y hasta los soheim, — los que aun hacia muy poco habían sorprendido y dado muerte á una partida de 50 musulmes, — se declararon en su favor en el transcurso del año 8 (629); y precisamente entonces, cuando su poderío se acrecentaba con tan extraordinaria rapidez, los koreischitas fueron tan cándidos que le ofrecieron, en la forma mejor posible para él, el *casus belli* que anhelaba para deshacerse del convenio de Hodeibiya.

Ya sabemos la enemistad existente entre los Josa'a y los Bekr, que moraban en las cercanías de la Meca, y que como aliados aquellos de Mahoma y estos de los Koreis estaban comprendidos en el tratado de paz. Ahora bien, uno de los josaitas maltrató de obra á uno de los bekr porque había compuesto epigramas contra Mahoma. Esto irritó mucho á los bekrítas, y el 8 de Scha'aban (diciembre de 629) cierto número de ellos sorprendió de noche á una partida de josaitas, dejándoles muy mal parados. Parece que entre los agresores había también algunos koreischitas: en todo caso, es probable que el partido guerrero de la Meca, capitaneado por Soheil, estuviese complicado en el hecho. Este partido habría acabado, sin duda, por reconocer, lo mismo que Abu Ssofyan, que el poderío de Mahoma se iba aumentando hasta hacerse irresistible y habría sacado una conclusión opuesta á la de Abu Ssofyan, esto es, que no había que perder tiempo para intentar por última vez salvar la ciudad. Pero si sus jefes habían esperado encender, por medio de un acto temerario, una guerra en que la Meca venciera ó sucumbiera con honor, no habían contado con la inveterada indolencia de sus compatriotas. La masa de la población no pensó en levantarse como un solo hombre, al tener noticia del rompimiento de la paz, para defender su libertad del inminente ataque de Mahoma; por el contrario, la consternación fué general: no se quiso hacer caso de Soheil y de sus furiosos secuaces y se instó á Abu Ssofyan para que fuera á Medina y procurara conseguir un arreglo pacífico. Este manifestó graves desconfianzas, pero se declaró dispuesto á emprender el viaje; cuando lo hizo, — siendo extraño que lo realizara solo dos días después, — y llegó á Medina, como es natural

(3) No se conocen detalles más exactos acerca del número de los enemigos; los árabes hablan de 100,000 hombres, lo que es naturalmente absurdo. El ejército bizantino se componía de una mezcla de tribus árabes fronterizas y tropas imperiales.

ya habían estado allí hacia tiempo los josaitas y explicado todo á su manera. En vano Abu Ssofyan se esforzó durante varios días en obtener de Mahoma y de los que le rodeaban seguridades tranquilizadoras; por lo contrario, solo oyó en todas partes expresiones amenazadoras (1), pues que el Profeta tenía interés en inspirar temores graves á los koreischitas. Apenas hubo salido de Medina Abu Ssofyan cuando ya se ponían en actitud de marcha las tropas que se encontraban en la ciudad y se hacía un llamamiento á todos los beduinos aliados para que se incorporaran al ejército. Estos se reunieron pronto á los musulmes, parte todavía en la ciudad y parte durante la marcha, como les fué más conveniente; con ellos iban asimismo los soheim y algunos, á lo menos, de los gatafan. Antes, cuando la «guerra del foso» habían salido con los de la Meca contra Mahoma, y á la sazón iban con este contra la Meca: cierto es que entretanto habían cambiado los vientos.

Mahoma hizo cuanto pudo para dejar en la incertidumbre el objeto de la expedición con el fin de que los koreischitas tuvieran el menor tiempo posible para hacer preparativos. Sin embargo, ni los unos ni los otros debían de ignorar por completo sus intenciones. A lo menos, á mitad del camino ya se presentaron algunos de la Meca que habían tenido súbitos accesos de devoción, entre ellos, el primero, el buen tio Abbas, al cual probablemente le designaba desde luego su puesto al lado de Mahoma el papel que había de representar en los sucesos venideros; y por más que se nos asegure expresamente que los koreischitas, á pesar de sospechar lo más malo no tuvieron ninguna noticia positiva hasta que vieron al ejército musulmítico, no puede suponerse en todos semejante ignorancia: fuera del partido de la guerra, pocos serían sorprendidos por el movimiento rápido de Mahoma.

Cerca del mediodía del 8 Ramadan (principios de enero de 630) (2) el ejército musulmítico estableció su campamento en Marr Ez Zahran, á una milla y cuarto al Noroeste de la Meca. Por la noche brillaban, así se dice, en todos sentidos las fogatas en los montes, llevando sus resplandores el espanto á los corazones de los koreischitas. Estos enviaron á Abu Ssofyan en busca de noticias; por una extraordinaria disposición del cielo cayó en mitad del camino en los brazos de Abbas, el cual en su solicitud por la suerte de la ciudad, en el caso de una conquista violenta, se había puesto en marcha para convencer á los de la Meca de la inutilidad de la resistencia. Sus informes hicieron tal impresión en el «gran enemigo del Islam» que se decidió á acompañar á Abbas después que éste le garantizó su seguridad personal. Ya era muy adelantada la tarde cuando se encontraron al lado de Mahoma, y una parte de la noche se pasó en negociaciones. A la mañana siguiente volvió el Profeta á dirigirse con insistencia á la conciencia del pagano; este dijo que en verdad ya veía que los ídolos no significaban nada, pues de lo contrario ya le habrían ayudado á él, y que solo tenía algunas ligeras dudas acerca de la inspiración divina de Mahoma. Pero estas desaparecieron cuando Abbas le observó que semejantes ideas podían con facilidad acarrearle graves disgustos, y así se conformó á hacer confesión completa de la fe. Concediósele entonces seguridad para él y todos los que á la entrada de las tropas se encontrasen en su heredad, y Abbas le acompañó en su regreso. En el camino se detuvieron en una meseta del monte desde donde podían ver los pelotones de los creyentes, que ya se habían puesto en mo-

(1) Por lo menos oficialmente; de lo que tal vez se trató con él reservadamente nada sabemos.

(2) No está bien fijo el día. Según la tradición usual, la entrada en la Meca se efectuó el 20 de Ramadan, ó sea el 10 de enero; pero esta fecha es discutible.

vimiento, y luego pasaron por delante de ellos beduinos, ansares y «compañeros de emigración,» un total de diez mil guerreros, un ejército invencible. No cabía duda de que los señores de la Meca se habían equivocado de medio á medio en su juicio acerca del plebeyo tan despreciado siete años antes; pero no sin ironía dijo entonces el incorregible aristócrata á su acompañante: «¡Ciertamente que nada podemos contra eso; en verdad que el reino de tu sobrino es ya muy poderoso!» «¡Desengáñate, es un profeta!» «No me opongo.»

La anécdota no parece inverosímil, y es también de suponer que Abu Ssofyan solo aguardase por decoro el empleo de una suave instigación para convertirse formalmente. Con dificultad puede suponerse que su última entrevista con Mahoma fuera puramente casual, y que después los koreischitas, exceptuando un corto número de hombres arrojados, mirasen tranquilamente la entrada del ejército enemigo; tampoco puede atribuirse esta tranquilidad á las exhortaciones de Abu Ssofyan que regresaba casi al mismo tiempo, ni que por ellas dejaran de ocupar los pasos al través de los cuales conducía el camino á la ciudad. De todo esto debemos, pues, deducir que ya antes de la llegada de Mahoma los nobles se habían decidido á entregarse mediante condiciones pasaderas, y que el partido de la guerra, esto es, Ikrima, Soheil y Ssafwan, no consiguió reunir más que una pequeña parte de los contingentes, mientras que los demás se dieron por satisfechos con la comedia que los grandes señores creyeron conveniente representar ante ellos. De todas maneras, es indudable que Mahoma no esperaba ninguna resistencia; los jefes de las tropas que se preparaban á entrar en la ciudad, por los cuatro lados, recibieron orden expresa de no matar á nadie que no se defendiera con las armas en la mano. Así se efectuó la ocupación de los diversos barrios del modo más pacífico; solo Jalid Ibn El-Walid, que entró por la puerta del Sur al frente de los beduinos, tropezó con el puñado de irreconciliables que en aquel momento se disponía á abandonar la ciudad, ya para empezar desde fuera el combate, ya para emprender la fuga hacia la Arabia del Sur, y los dispersó después de breve lucha: la Meca yacía incondicionalmente á los pies del Profeta.

Las condiciones de la entrega, tales como fueron convenidas, si nuestra suposición es exacta, entre Abu Ssofyan y Mahoma, se desprenden fácilmente de los sucesos siguientes: la Meca se entregó sin resistencia y puso sus contingentes al servicio del Islam; en cambio fueron garantidas á sus habitantes vidas y haciendas y se les ofreció igual participación que á los musulmes en todo el botín que se ganara en común en lo porvenir. No se exigió la inmediata conversión al Islam, pero la mayor parte la hizo muy pronto, y los demás la verificaron con el trascurso del tiempo. Esta, naturalmente, fué en la gran mayoría puramente exterior, y sobre todo, el partido aristocrático quedó, aun dentro del Islam, tan aferrado como antes á sus sentimientos y aspiraciones mundanas. No había querido tener nada de común con el Profeta porque al principio había amenazado perturbar su comercio y después aniquilarlo. Pero entonces ya era evidente que había mas que ganar á su lado: así, en definitiva, era una fortuna poder adherirse á tiempo á la nueva razón social, cuyas costumbres religiosas servían de muestra, sin tomarlas, por lo demás, en serio. Por su parte, Mahoma tenía demasiado interés no solo en la posesión de la Ka'aba sino también en la adquisición de nuevos medios materiales, con el fin de emplearlos en la propagación de la fe, para detenerse á examinar minuciosamente la sinceridad de la confesión de fe de los neófitos. Por el contrario, para atraer á su persona y á sus fines á los antiguos enemigos, aprovechaba toda ocasión en que podía complacerles y «ganar sus corazones,» como

era la expresion oficial, por medio de agasajos y de ricos presentes. Así, en verdad, robusteció en gran manera el poder material de su reino, pero no fundió ya los nuevos elementos con el espíritu del Islam y toleró la continuacion de aspiraciones pagano-mundanas que despues perjudicaron gravemente su obra. A los dos desiguales elementos de la comunidad, ya existentes, el de los verdaderos creyentes, — el partido de Medina, como le podemos llamar, — y el de los beduinos, siempre inseguros y particularistas, se agregó á la sazón el tercero, el partido de la Meca, opuesto al primero por su negligencia de los intereses religiosos y al otro por su firme y consciente adhesión á la unidad política ya adquirida.

Las tendencias divergentes de estos partidos son las que determinan la historia del Islam en su período arábigo: por de pronto, sin embargo, se subordinan con celo acatamiento á los mandatos de Dios manifestados por su enviado, que es quien ha elaborado su momentánea unidad. La Meca contempla impasible cómo el Profeta, despues de dar solemnemente las siete vueltas alrededor de la Ka'aba al frente de sus tropas, montado en su camella El-Kaswa, al grito de: «Allah es grande!» y tocado siete veces con su vara la piedra negra sagrada, manda derribar y destruir los ídolos que hasta allí habían profanado la casa de Dios. La multitud escucha con complacencia las solemnes palabras por medio de las cuales confirma, en nombre de Dios, la santidad del territorio de la ciudad y todos los privilegios anexos á ella, pero el Profeta proclama al mismo tiempo la igualdad de todos los hombres ante Dios y su deber de vivir según las leyes espirituales y civiles del Islam; hasta sin resistencia obedecen todos la recomendación de deshacerse de los ídolos domésticos. En cambio, el Profeta manifiesta también su adhesión á la ciudad natal y el reconocimiento de su excelencia de un modo tan ilimitado que los de Medina comienzan á recelar que tal vez se propone abandonarlos y volver á la antigua patria. Pero él conoce que en ella no están las fuertes raíces de su poderío: «Yo vivo donde vosotros vivís y muero donde vosotros morís», les dice, y con esto se tranquilizan.

Pocas, tal vez diez ó doce personas nada más, fueron exceptuadas de la paz general, porque en diferentes ocasiones habían procedido contra Mahoma ó los suyos, hecho circular epigramas contra él, ó cometido otros actos graves por el estilo; pero aun así, solo cuatro de estas fueron ajusticiadas, las demás obtuvieron perdón. Los mismos jefes del partido de la guerra, Ssoheil, Ikrima y Ssafwan, salieron indemnes, y hasta á estos dos últimos, que se habían dado á la fuga despues de su encuentro con Jalid, se les mandó volver dándoles seguridad de completa amnistía, y posteriormente los encontramos como las mejores espadas del Islam. Solo una nota discordante perturbó la armonía general, y que resonara no fué culpa de Mahoma, sino de Jalid. Con un pretexto fútil, pero en realidad á causa de una venganza de sangre, que ya había prescrito, Jalid aprisionó alevosamente á la tribu Schadhima, que moraba no muy lejos al Sur de la Meca y que se había declarado dispuesta á someterse, y mandó acuchillar por sus beduinos á una parte de los indefensos, á pesar de las enérgicas protestas de los «compañeros de emigración» y ansares que le acompañaban. Era una transgresión flagrante de la prohibición de vengar en un creyente una deuda de sangre del tiempo del paganismo y, al propio tiempo, una crueldad inútil, como tantas otras que pesan sobre la conciencia del mas grande capitán pero también del hombre mas abominable del primer siglo del islamismo. Pero Mahoma sabía lo mucho que valía la «espada de Dios», y se contentó con reprenderle, sosteniéndole en su mando y hasta pagando él mismo el rescate que correspondía á los parientes de los Schadhima asesinados.

Entretanto habían llegado á la Meca noticias alarmantes de índole distinta. Las tribus de los Hawásin se agitaban y parecía que proyectaban alguna hostilidad. Con dos de ellas había ya tenido Mahoma desavenencias: con los Takif, que habitaban en Taif y sus alrededores al Este de la Meca, y que habían rechazado al Profeta de manera tan vergonzosa antes de la Egira, y con los Amir de Ssá'sa'a, á cuyo caudillo Ibn Tofeil se achacaba el asesinato del mensajero de la fe en el año 4 (625). Aquellas y las demás subtribus debían esperar que serían el principal é inmediato objetivo de las armas musulmicas despues que los soheim, fronterizos de los Amir, se hubieron adherido á los de Medina. Por esta razón, según informes fidedignos, se habían ya preparado, antes de la entrada de Mahoma en la Meca, para anticiparse al ataque. Sea de esto lo que fuere, apenas quince días despues de aquella entrada vemos á sus huéspedes acampadas ya en las cercanías de Taif en número de 20,000 hombres, ejército que parecía difícil que se hubiese reunido en tan corto tiempo desde territorios de pastos tan distantes unos de otros. A su encuentro marchó Mahoma con sus tropas en 6 de Schawwal del año 8 (á fines de enero de 630), con tal seguridad en la victoria que por poco no tuvo que arrepentirse de ella. El número de los musulimes se había aumentado con 2,000 de la Meca; no solo Abu Ssofyan sino también los jefes del partido de la guerra, que acababan de ser indultados, como Ikrima y Ssafwan, seguían al nuevo ejército de su ciudad. El día 9 á la caída de la tarde avisaron los espías que los Hawásin estaban acampados á corta distancia, junto á El-Autás. Iban mandados por Malik Ibn Auf, de la tribu Naszr; muchos habían llevado sus mujeres é hijos, que quedaban acampados á retaguardia del ejército, para excitar hasta su mas alto grado el valor de los combatientes. Malik, muy acertadamente, había destacado algunas partidas de caballería al angosto valle de Honein que le separaba de los musulimes; allí estaban ocultas en los barrancos laterales para poder caer sobre el enemigo en el momento oportuno. El plan tuvo éxito: cuando al amanecer de un oscuro y lluvioso día de invierno los beduinos, mandados por Jalid, avanzada acostumbrada de Mahoma, acababan de llegar á la mitad del desfiladero, se precipitaron de repente por derecha é izquierda los enemigos. Los beduinos, acostumbrados á escapar lo mas pronto posible de semejantes ataques y no avezados todavía á la serenidad de la disciplina islamita, volvieron grupas arrastrando tras sí en su fuga á los de la Meca, poco firmes, y hasta llevando la confusión al grueso de las tropas de los ansares. Durante un momento se vió Mahoma expuesto al peligro de ser cortado juntamente con los pocos fieles que procuraban protegerle con sus personas; pero con igual impavidez que en Ojod, desenvainó la espada y gritó á sus medineses: «¡Aquí, hombres del árbol (1)!» Junto á él estaba su tío Abbas, que tenía una voz muy sonora, y repitió el mismo grito dirigiéndose á las oleadas de fugitivos. No se necesitó mas para recordar su deber á los «auxiliares»: «¡Aquí estamos, aquí estamos (2)!» se oyó en contestación, y como de súbito quedó trabada la batalla. Poco á poco fueron llegando también los demás fugitivos. Alzándose sobre los estribos de su mula, gritó Mahoma: «¡Ahora está caliente el horno!» haciendo un retruécano con el nombre del lugar (3), y en efecto, pronto quemaba ya demasiado para los Hawásin. Los Takif, que habían dejado sus mujeres en casa, fueron los primeros en pensar en la seguridad que podrían hallar detrás de los muros de Taif; los otros se defendieron

(1) Con eso les recordaba el juramento de Hodeibiya.

(2) ¡Lebbeik, lebbeik! el antiguo grito de los peregrinos, con el cual aun hoy día demuestran su devoción á Allah.

(3) El-Autás significa «los hornos.»

mejor, pero no pudieron sostener sus posiciones. Pronto quedó disperso el poderoso ejército; los que habían llevado mujeres é hijos procuraron todavía defender el campamento junto á Autás, pero éste fué también rápidamente tomado, apesándose 6,000 mujeres y niños con 24,000 camellos y un número incalculable de cabras y ovejas. En cambio la persecución no dió grandes resultados: los Soheim recordaron aunque tarde que tenían parientes lejanos entre los Hawásin y no quisieron causar víctimas. Además, Malik cubrió mientras pudo valientemente la retirada con sus nasritas, y por último escapó también felizmente á Taif.

Este lugar se encontraba en la frontera de la Arabia del Sur y parece que sus habitantes habían aprendido de sus vecinos lo suficiente del arte de fortificación para que su ciudad pudiese ofrecer seria resistencia á las tribus del Norte, no acostumbradas á esta clase de guerra. Era, pues, importante que á la victoria obtenida siguiese un rápido golpe de mano, antes que los escapados de la batalla se hubiesen reconcentrado allí. Así Mahoma mandó trasladar á toda prisa el botín al vecino valle de Schiarana, donde se depositó y fué rodeado de centinelas, marchando él mismo apresuradamente hacia Taif. Sin embargo llegó demasiado tarde: Malik estaba ya en la ciudad, la cual no carecía ni de defensa ni de víveres. No quedó, pues, mas remedio que el ataque en toda forma. Para su realización se entablaron negociaciones con los Benu Daus, tribu del Yemen que moraba un poco mas al Sur y que tenía fama de diestra en el manejo de toda clase de máquinas de sitio. Estos se prestaron gustosos á dirigir contra la ciudad una catapulta y cobertizos de defensa; pero los de Taif no eran tampoco torpes en aquel género de guerra y arrojaron hierros enrojecidos sobre los aparatos, incendiándolos é imposibilitando de este modo el ataque. Despues que hubo durado el sitio unos quince días, fué levantado: como se veía, Dios quería también dejar madurar primero este asunto; los beduinos, cada día con mayor codicia, exigían el botín de Honein, y uno de los Kinana, antiguos aliados de la Meca, dijo al ser consultado por el Profeta acerca del caso: «La zorra está en la madriguera: si tienes paciencia para aguardarla, la cogerás; pero si la dejas, no te hará daño.» Retiráronse, pues, los musulimes sin conseguir su objeto pero sin descontento, ya que se iba á proceder á la repartición del botín. Sin embargo, cuando se llegó á Schiarana pudo verse que Mahoma había ya formado un plan propio sobre el particular. La masa de los prisioneros y de los efectos apresados era tan grande que no era posible ceñirse al exacto cumplimiento de las reglas usuales; por esto dedicó Mahoma grandes sumas y gran número de camellos para hacer presentes verdaderamente regios á los principales de la Meca y á los caudillos de los beduinos, cuyos corazones le pareció muy conveniente ganar (1). De las mujeres y niños solo regaló por de pronto unos pocos, ya que era probable que los Hawásin se dirigirían á él para rescatar los suyos, y no le convenía deshacerse de prenda tan valiosa para ulteriores negociaciones. Pero cuando estuvo todo lo demás repartido, no tuvo mas remedio que hacer lotes con los prisioneros; y apenas quedó terminada esta operación se presentaron, por último, los enviados de los Hawásin. Estos declararon que sus compatriotas estaban dispuestos á abandonar toda resistencia y convertirse al Islam (2), pero que esperaban en cambio que Mahoma les

devolviera sus esposas, hijos y bienes. El Profeta debía tener tanto mas interés en llegar á una inteligencia cuanto que Taif no había sido sometida y podía, despues de su retirada, convertirse fácilmente en el foco de una nueva guerra si no se conseguía atraer á la fe á los Hawásin, vencidos pero no aniquilados de modo alguno. Manifestó, pues, á los comisionados que no podía devolverles todo por respeto á los musulimes, pero que tenían libertad para escoger entre sus deudos y sus bienes. Diéronse por satisfechos si podían recobrar sus mujeres é hijos, y exceptuando algunos de los siempre insaciables beduinos, que tuvieron que ser indemnizados con camellos, todos los musulimes se prestaron gustosos, por intercesión de Mahoma, á devolver los prisioneros sin rescate. Con estos se retiraron contentos los enviados, llevando al propio tiempo un mensaje para el que hasta allí había sido su caudillo, Malik, que á la sazón se encontraba todavía en Taif, cuyo mensaje tenía por objeto manifestarle que tanto sus deudos como sus bienes se guardaban intactos y á su disposición si quería avenirse con el Profeta y abrazar el Islam. A consecuencia de esta comunicación Malik salió sigilosamente de la ciudad y prestó el homenaje exigido, y en cambio se le concedió el cargo de caudillo de las tribus Hawásin, que habitaban en las cercanías de Taif. Estas empezaron entonces, como musulimes que ya eran, á hostilizar á sus antiguos aliados con correrías, manteniéndolos por completo en jaque, de modo que Mahoma pudo sin cuidado alguno abandonar á Taif á su propia suerte, en la confianza de que sus habitantes y los compañeros de tribu de estos, los Thakif, serían amansados con el tiempo.

Si con su acostumbrada habilidad diplomática supo desquitarse de las desventajas del infructuoso sitio, y contentar en alto grado á los beduinos y á los de la Meca satisfaciendo con largueza su codicia, no debía, sin embargo, salir de Schiarana sin hacer recordar, ya que creía necesario dar á todo barniz religioso, que en su política no entraban consideraciones demasiado mundanas. «Ganando corazones» sin tasa se había reducido tan considerablemente la parte en el botín que correspondía á sus antiguos fieles los de Medina, que hasta á estos mismos les pareció demasiado. «En el combate, comenzaron á murmurar, somos sus gentes, pero en la repartición lo son los koreischitas; quisiéramos saber si esto procede de Dios, entonces deberíamos conformarnos.» Aquella gente tenía, en verdad, razón; pero Mahoma se enfadó en gran manera: mandólos reunir á todos y les hizo una plática de amonestación en la cual, si bien reconoció sin reservas cuanto habían hecho por él, también puso de relieve cuanto á él le debían. «¿No os satisface, — dijo, — que mientras aquellos se llevan ovejas y camellos, vosotros os lleváis á vuestra patria al enviado de Dios? Por aquel en cuya mano está el alma de Mahoma, si no fuera la Hidschra (3), yo mismo me contaría entre los «auxiliares»; y si todo el mundo se fuera hacia un lado y los «auxiliares» se fueran al otro, yo me iría con los «auxiliares.» ¡Oh Dios, sé misericordioso con los «auxiliares» y los hijos de los «auxiliares» y con los hijos de los hijos de los «auxiliares!» Entonces lloraron los hombres hasta que sus barbas se humedecieron con las lágrimas, y dijeron: «Estamos contentos, ¡oh enviado de Dios! con

tesco con Mahoma, el que cuando niño había sido confiado á una mujer de los Benu Asad, subtribu de los Hawásin; refiérese asimismo con este motivo una entrevista del Profeta con su hermano de leche Scheimá. Según lo dicho en otro lugar, estas debieron ser adiciones posteriores.

(3) Esto es, si no hubiesen sido necesarios mi nacimiento en Meca y mi huida de allí.

(1) Cierto es que la tradición usual pretende que costó esos regalos de la quinta parte que se separaba para Dios, pero el relato discrepante, como se presupone en el texto, es mas digno de crédito. Difícilmente hubieran murmurado también los fieles ansares si no se les hubiese cercenado la parte que de derecho les correspondía.

(2) Refiere unánime la tradición que aludieron también á su paren-